

el que descuelle entre vosotros incendiando más y asesinando más cruelmente, porque os digo que será recompensado con esplendidez... Rodeadme, pues, todos, y juradme fidelidad y obediencia hasta la muerte... ¡juradlo por esta esforzada diestra!

Todos. (Dándole la mano.)—¡Nosotros te juramos fidelidad y obediencia hasta la muerte!

Moor.—Ahora por esta diestra varonil, yo os juro ser vuestro fiel y firme capitán hasta la muerte. Este brazo arrancará la vida á cualquiera de vosotros que tiemble, dude ó retroceda. Vuestro derecho es igual para hacer lo mismo conmigo si quebranto mi juramento. ¿Estáis satisfechos? (Spiegelberg se pasea furioso.)

Todos. (Tirando al aire sus sombreros.)—¡Estamos satisfechos!

Moor.—¡Vamos, pues! No temáis muertes ni peligros, porque nos impulsa un hado inflexible. A todos llega su día, ya en blandos cojines de pluma, ya en la confusión ferroz de la pelea, ya en la horea ó en la picota. Así, de algunas de estas muertes hemos de perecer. (Vanse.)

SPIEGELBERG. (Siguiéndolos con la vista.)—Una laguna hay en tu enumeración. Has olvidado el veneno. (Vase.)

ESCENA III.

El castillo de Moor.—La habitación de Amalia.

FRANZ, AMALIA.

FRANZ.—¡Apartas de mí tus ojos, Amalia? ¿Soy yo menos que el maldito por mi padre?

AMALIA.—¡Véte!... ¡Qué padre tan cariñoso y compasivo, que abandona á su hijo á los lobos y á las fieras! En su casa

se solazá con vino costoso y grato, y recuesta sus miembros doloridos en cojines de pluma, mientras se muere de hambre su noble y magnánimo hijo... Avergonzaos, seres inhumanos; avergonzaos, almas de dragones, oprobio de vuestra especie... ¡y es su único hijo!

FRANZ.—Tenía dos, según creo.

AMALIA.—Si, merecía tenerlos como tú. En su lecho de muerte extenderá vanamente sus brazos descarnados buscando á su Carlos, y los retirará temblando al tocar la mano fría de su Franz... ¡Oh! es una dicha, una dicha inestimable ser maldecido por tu padre. Dí, Franz, hermano cariñoso, ¿qué es preciso hacer para obtener su maldición?

FRANZ.—Tú te acaloras, querida; tú eres digna de lastima.

AMALIA.—¡Oh! Dí, ¿la tienes tú de tu hermano? ¡No, cruel; tú lo odias! ¡Tú me odias también!

FRANZ.—¡Te amo como á mi mismo, Amalia!

AMALIA.—Ya que me amas, ¿rechazarás una súplica mía?

FRANZ.—Ninguna, ninguna, si no me pides más que la vida.

AMALIA.—¡Oh! Si es así, un ruego fácil y que satisfaras de buen grado... (Con orgullo.) Ódiame. Yo me ruborizaría de vergüenza, si al mismo tiempo que pienso en Carlos, me ocurriese el pensamiento de que no me odias. ¿Me lo prometes, pues?... Ahora véte, y déjame, que deseo estar sola.

FRANZ.—¡Seductora visionaria! ¡Cuánto admiro tu corazón tierno y amoroso! (Tocándola en el pecho.) Aquí dominaba Carlos como un Dios en su templo; te acordabas despierta de Carlos; se te presentaba en sueños, y la naturaleza entera se había concentrado para tí en él solo, y á él solo reflejaba, y sólo su nombre repetía.

AMALIA. (Conmovida.)—Si, es verdad, lo confieso. Ante vosotros, bárbaros, para desafiaros; ante todo el mundo quiero confesarlo... ¡yo lo amo!

FRANZ.—¡Inhumano, cruel! ¡Y pagar así tu amor! ¡Olvidarlo de este modo!

AMALIA. (Con viveza.)—¿Cómo? ¿Olvidarme?

FRANZ.—¿No pusiste una sortija tuya en su mano? ¿Una sortija de diamante, como prenda de tu fidelidad?... Pero ¿es posible que un joven resista los encantos de una prostituta? ¿Quién lo censurará, no quedándole ya nada, si con ella le paga con usuras sus abrazos y caricias?

AMALIA. (Indignada.)—¿Dar mi sortija á una mujer pública?

FRANZ.—¡Vaya, vaya! ¿Que es vergonzoso? Bien; supongamos que lo fuera... Una sortija, por mucho que valga, al fin y al cabo puede recobrase del judío que la tenga... Quizás no se tomen ese trabajo, si no les place; quizás se la sustituya por otra más bella.

AMALIA. (Con ira.)—¡Pero mi sortija... yo hablo de mi sortija!

FRANZ.—No aludo á otra, Amalia... ¡Ah! tal alhaja, y en mi dedo... y de Amalia... ni la muerte la habría arrancado de él... ¿No es verdad, Amalia? Ni el valor del diamante, ni el precio de la hechura... el amor es lo que la sublima... Niña querida, ¿lloras tú por eso? ¡Ay del que hace correr de esos ojos divinos esas lágrimas preciosas!... ¡Ah! Y ¿si tú lo supieses todo, si lo vieses, y si lo vieses con su figura actual?

AMALIA.—¡Monstruo! ¿Cómo? ¿Bajo qué figura?

FRANZ.—Sosiégate, sosiégate, alma cándida, y no me preguntes. (Como aparte, pero alto.) ¡Si, á lo menos, el repugnante vicio se ocultara bajo un velo y se escondiera de la vista de las gentes! Pero aparece en todo su horror, rodeados sus ojos de surcos amarillentos y marchitos; se manifiesta en su rostro pálido y macilento, en sus mejillas hundidas... la voz débil y tartajosa... el cuerpo figura un esqueleto tembloroso y vacilante, que disgusta á cuantos lo contemplan... penetra hasta la médula de los huesos y des-

truye el vigor varonil de la juventud... y hasta brota en erupcion cancerosa y purulenta en la frente, en las mejillas, en la boca y en todo el cuerpo con asquerosa apariencia, emponzoñando los órganos más nobles de la vida... ¡Oh! me infunde esto asco. Narices, ojos, oídos, todo se resiente de su influjo. Tú, Amalia, has visto en nuestro hospital al desventurado que exhaló en él el alma; la vergüenza te obligó á apartar de él tus ojos temerosos... y tú deploraste su suerte. Evoca esta imagen del fondo de tu alma, y ahí tienes á Carlos... ¡Sus besos son la peste, sus labios envenenarian los tuyos!

AMALIA. (Pegándole.)—¡Impudente calumniador!

FRANZ.—¿Te asusta ese Carlos? ¿Te inspira aversión esa pintura descolorida? ¡Anda, miralo; mira tu bello, angelical, divino Carlos! Anda, aspira su balsámico aliento y báñate en el vapor de ambrosia que su boca despidе. Sólo su soplo te causará ese vértigo mortal y angustioso, que acompaña á la carroña hedionda y á los cementerios llenos de cadáveres. (Amalia vuelve á otra parte su rostro.) ¡Qué emoción amorosa! ¡Qué abrazos tan voluptuosos!... ¿pero no es injusto querer condenar á un hombre por esta apariencia enfermiza? Hasta en el miserable y jorobado Esopo puede albergarse un alma grande y seductora, como un rubí en el lodo. (Sonriéndose con perfidia.) También quizás de labios lívidos pende acaso el amor... Seguramente, cuando el vicio conmueve hasta la firmeza del carácter, cuando la virtud huye de él acompañada de la castidad, como el perfume de la rosa ajada... cuando el espíritu se encorva también como el cuerpo...

AMALIA. (Levantándose alegre.)—¡Ah, Carlos! ¡Ahora te encuentro otra vez! ¡Tú existes aún tal como eres, como siempre has sido! ¡Mentira todo!... ¿No sabes, malvado, que es imposible que Carlos sea así? (Franz se queda suspenso un instante, y después se vuelve de improviso, como para irse.)

¿A dónde tan pronto? ¿Huyes de tu propia infamia?

FRANZ. (Ocultándose el rostro.)—¡Déjame, déjame!... que corran mis lágrimas... ¡padre tirano! ¡condenar á la miseria á tu mejor hijo!... ¡á perpetuo oprobio!... ¡déjame, Amalia! quiero prosternarme á sus piés, y conjurarlo abrazando sus rodillas que me maldiga á mí... que me desherede... que derfame mi sangre... que mi vida... todo...

AMALIA. (Abrazándole.)—¡Hermano de mi Carlos, bueno, excelente Franz!

FRANZ.—¡Oh Amalia! ¡Cuánto te amo por esa incontrastable fidelidad que profesas á mi hermano!... Perdóname que haya osado aquilatar tan duramente tu amor... ¡Qué bien has ensalzado mis deseos! Estas lágrimas, estos suspiros, esta divina cólera... también yo... yo también... ¡nuestras almas se identificaban tanto!

AMALIA.—¡Oh, no! ¡eso nunca!

FRANZ.—¡Ay de mí! ¡Tanto simpatizaban, que siempre he creído que debíamos ser gemelos! A no ser por esa funesta diferencia exterior, favorable á Carlos, nos hubiesen confundido casi siempre á ambos. ¡Tú eres, me decía yo con frecuencia, tú eres otro Carlos, su eco, su copia!

AMALIA. (Sacudiendo la cabeza.)—¡No, no, por la pura luz del cielo! ni la más leve fibra de su carácter, ni la más imperceptible chispa de su corazón...

FRANZ.—Tan iguales en nuestras inclinaciones... la rosa era su flor favorita, ¿qué flor he preferido yo nunca á la rosa? Agradábale la música sobremanera, y vosotros, astros del cielo, sois testigos de mis vigiliass al piano en el silencio sepulcral de la noche, cuando á mi rededor imperaban tan sólo el silencio y las tinieblas... y ¿cómo puedes tú dudarle, ¡oh Amalia! cuando nuestro amor se ha concentrado en la misma perfección, y cuando, de ser el mismo, nunca podrán degenerar sus hijos? (Amalia lo mira sorprendida.) Una noche tranquila y serena, la última que pasó aquí

antes de su salida para Leipzig, me llevó á ese bosquecillo, en donde os habiais detenido tantas veces abandonándoos á los sueños del amor... largo tiempo permanecemos mudos... al fin, tomó una de mis manos, y me dijo en voz baja llorando: «Dejo á Amalia, y no sé... presumo que para siempre... No la abandones tú, hermano; sé su amigo... su Carlos... si Carlos... no vuelve... jamás...» (Arrojase á sus piés y besa su mano con ardor.) Nunca, nunca, nunca volverá y ¡yo se lo prometí con un juramento sagrado!

AMALIA. (Retrocediendo con viveza.)—Traidor, ¿cómo te conozco! Justamente en ese mismo bosquecillo me conjuré que no amase á nadie nunca, si él llegaba á morir... ¿Ves cuán impio, cuán repugnante eres?... ¡Quitate de mi vista!

FRANZ.—Tú no me conoces, Amalia; tú no me conoces en nada.

AMALIA.— ¡Oh, te conozco, te conozco desde ahora! ¡Y querías igualarte á él! ¿Blorar él por mí en tu presencia? ¿Delante de ti? ¡Antes escribiera mi nombre en el cadalso! ¡Véte cuanto antes!

FRANZ.— ¡Me insultas!

AMALIA.— ¡Véte, te digo! Me has robado unos instantes preciosos, que debían descontarse de tu vida.

FRANZ.— ¡Tú me odias!

AMALIA.— No, te desprecio. ¡Véte!

FRANZ. (Hiriendo la tierra con el pié.)— ¡Espera! ¡Tú temblarás en mi presencia! ¡Sacrificarme á un mendigo!

(Vase colérico.)

AMALIA.— ¡Véte, miserable!... Ahora estoy con Carlos de nuevo... ¿Mendigo ha dicho? ¿Qué vuelta ha dado el mundo! Mendigos los reyes, reyes los mendigos... Los andrajos que él lleva no los trocaría yo por la púrpura de los ungidos del Señor... La mirada con que él mendiga será una mirada de soberano, una mirada que eclipsará la suntuosidad, la pompa, el triunfo de los grandes y ricos... ¡Con-

fúndete con el polvo, adorno brillante! (Arráncase el collar de perlas de su cuello.) ¡Condenados estáis, gran y ricos, á llevar el oro, la plata y las alhajas! ¡Condenados estais á beber en suntuosos banquetes, condenados á reclinar vuestros miembros en los blandos cojines del deleite! ¡Carlos, Carlos! Así soy digna de tí. (Vase.)

ACTO II,

ESCENA PRIMERA.

FRANZ DE MOOR, reflexionando en su aposento.—
Después, HERMANN.

FRANZ.—Dura demasiado para mí... el doctor dice que se muere... pero la vida de un anciano ¿es acaso eterna?... Y mi camino sería libre y llano si no lo impidiera ese molesto y obstinado pedazo de carne, que, como el perro infernal de los cuentos de duendes, me estorba el goce de mis tesoros.

Mis proyectos ¿han de doblegarse, pues, al yugo de hierro de esa máquina?... Mi espíritu, de vuelo poderoso, ¿ha de ser encadenado al arrastre de caracol de la materia?... Apagar una luz que sólo vive merced á las últimas gotas de aceite... no, hay que hacer más... Y, sin embargo, por miedo á las gentes, no quisiera haberlo hecho. No quisiera matarlo, sino suprimirlo. Desearía hacer lo que un médico hábil, pero al revés... No cerrar la entrada á la naturaleza con un golpe repentino, sino ayudarla á entrar. Si podemos, á la verdad, prolongar la vida, ¿por qué no abreviarla?

Los filósofos y los médicos me enseñan que los afectos del ánimo concuerdan con los movimientos de la máquina